

VII
ACERCA DE ALGUNOS FENOMENOS
ELEMENTALES DE LA PSICOSIS

A propósito de un caso

No hay mucha preocupación con respecto a los fenómenos elementales de la psicosis. La alucinación del dedo cortado del hombre de los lobos fue uno de ellos. Es conocida su importancia en la doctrina. ¿Por qué descuidar el trabajo con los hechos de este tipo? Un caso clínico me proporciona la oportunidad de retomar esta cuestión. El siguiente es el resumen, que extraigo de mis archivos. Con toda su aridez, no obstante, vuelve a explorar el terreno. En cuanto al resto, lo iré introduciendo a medida que avance la explosión.

Eugénie T., kinesioterapeuta. En juicio de divorcio. Una hija.
Llevada al hospital por consejo del Dr. A., consultado quince días antes.

En el ingreso: extrema sensación de incapacidad. Piensa ser impotente para educar a su hija, ganarse la vida, asegurarse el futuro. Se considera indigna de vivir. Se acusa de haberle hecho mal a la gente y de ser la vergüenza de la familia. Todo es culpa suya. Manifiesta estar arruinada pero lleva consigo una suma considerable. Quiere ver por última vez a su hija y después matarse. Evoca peligros imprecisos pero inminentes que la llevan a un estado de pánico. Siente que el mundo es hostil. La gente la critica, murmura. Recientemente ha sentido que se la escucha y espía; vive enclaustrada desde varias semanas antes. Interrupciones del pensamiento. Nota hipocondríaca del tipo de sensación de repleción de la nuca, insomnio. Eczema periorbital de los antebrazos y las manos. Amenorrea desde varios meses.

Inicio de los trastornos la noche del 15 de enero de 1975. La noche anterior el esposo no volvió al hogar. Desde hacía varios meses mantenía una relación de la que la paciente se enteró al descubrir cartas. En dos oportunidades se encontró con su rival. Le dijo "¡qué joven es usted!", exteriorizó su tristeza por perder al marido, describió sus celos y concluyó: "En otras circunstancias hubiéramos podido ser amigos". En noviembre de 1973 pidió el divorcio. El esposo volvía cada vez más tarde, hasta que la noche del 18 de enero de 1974 ella lo esperó en vano. Al día siguiente se sintió, como su hija, envejecida. Por la noche, después de haberla acostado y de una jornada apacible, bruscamente experimentó un "bienestar", "una impresión de conseguir algo", "como una red de capilares, un fuerte calor en la cabeza". Era "brillante, irradiante como fuegos artificiales, trituración con una estrella, el rostro liberado, impresión de grandeza". El fenómeno duró algunos segundos y se apaciguó. No obstante, de entonces data la sensación occipital que no la abandona.

El brote psicótico que sigue —y que actualmente está recubierto en parte por la amnesia— se desarrolla en tres fases: la primera, de enero a marzo, signada por momentos más o menos prolongados (a veces de hasta algunos días) de postración y excitación catatónica, de vagabundeos nocturnos, de incontinencia esfinteriana, de comentarios calificados como incoherentes por sus allegados (una amiga, la señorita E., que vive en el edificio, y un amigo, M. S., que se encarga de los asuntos de la paciente).

La segunda fase se extendió de marzo a agosto: retoma el trabajo, pero de una manera "automática", se siente "robotizada", gobernada, comentada, influida. Está por completo bajo el influjo de una fuerza exterior.

La tercera fase abarca de agosto a diciembre: llevada de vacaciones por una amiga, vuelve a su casa enloquecida, segura de que "todo ha desaparecido". El cuadro es cada vez más depresivo, en tanto que aparecen miedos delirantes persecutorios: "Se me espía, se me quiere cazar." Paralelamente se esfuman las manifestaciones de automatismo. Sueños terroríficos: se hunde en arena movediza. Sale de un tren cayéndose.

A partir de enero realizó dos intentos de suicidio, uno colgándose y el otro cortándose la garganta. Esbozó la consumación de uno

y otro, sin llevarlos a término, a espaldas de sus allegados. Ya no sabe cuándo lo hizo, probablemente hacia abril y julio-agosto.

Han cambiado sus relaciones con la hija. Mientras que en la segunda entrevista con la amiga del marido le propuso que ellos se encargaran de la niña, durante el año 1974 le da testimonio de un apego salvaje o violentos movimientos de rechazo.

Anamnesis obtenida esencialmente de la familia y los allegados. La paciente permanece invariablemente evasiva en todo lo que se refiere a su biografía y a lo que está en juego en su existencia. Habla con mejor disposición de los fenómenos elementales que las entrevistas llevarán a descubrir.

Padres peluqueros. Hija única. Al nacer, la madre se declaró incapaz de ocuparse de ella; fue el padre quien le "mostró los gestos". Pronto decidieron dar a criar la niña fuera del hogar, y ello duró hasta sus cuatro años, cuando el padre volvió a llevarla a la casa. Mientras tanto, la veían los fines de semana. Sobrevino la guerra. El padre fue movilizado. La madre presentó entonces un primer acceso melancólico; el segundo se produjo en 1944-1945, en la menopausia. Hubo un tercero en 1972 después de una intervención tendiente a implantar una prótesis en una cadera descalcificada. Actualmente, todavía depresiva.

El padre, ansioso, afectuoso y agobiado, dice que la hija fue siempre inaccesible a las palabras, pero vivía copiando a los otros (hace el gesto de poner dos manos frente a frente): "Si ellos eran rectos, ella era recta; si eran tortuoso, era tortuosa." Asimismo comenta que jamás pudo dar crédito a las manifestaciones de su hija: "Era mitómana, inventaba cuentos. Quizás ella los creía." "No tiene dirección personal." Abandonó el domicilio familiar a los 18 años para vivir con un cliente del padre, inició estudios de medicina y así conoció a su futuro marido. Fue excluida de la facultad después de cuatro fracasos en los exámenes, y entonces emprendió estudios de kinesioterapia, profesión que ejerció con satisfacción general. Dice que "le gusta y busca el contacto con los pacientes".

Su esposo siempre tuvo ante ella "la impresión de tratar con una desconocida, con alguien inaprehensible, que había un enigma, algo detrás que no salía a la luz"; se apegó a la paciente precisamente por esa razón. Después dijo: "Hubo bastante que esperar algo que no salía a la luz." "Me encarnicé en vano." Informa que cuando nació la hija, la paciente estuvo deprimida y se declaró incapaz de

criarla. También le “mostró los gestos” de amamantar, cambiar pañales. Desde ese momento tuvieron en la casa a alguien que con carácter permanente la reemplazaba en el cuidado de la niña; la última persona que se ocupó de eso fue la señorita E., amiga y ahijada de adopción de la señora T. Ella misma recuerda su dificultad, así como de haberse vuelto hacia su suegro para “saber cómo ocuparse de niños, pues él era amable y estaba acostumbrado”.

Se observó un eczema en los dos progenitores de la señora T., en ella misma y en su hija, desde la tercera semana ulterior al nacimiento.

Los fenómenos elementales: la señora T. ubica los primeros fenómenos en torno de la adolescencia, quizás incluso antes. A los 18 años experimentó los que ella denomina “una intuición”: pasando ante el ... de la calle de S., se sintió “forzada como desde el exterior a levantar la vista sobre la fachada” y tuvo simultáneamente “el sentimiento de un buen augurio”. Asegura que diez años más tarde encontró personas que vivían en esa casa convertidas en amigas suyas: probable ilusión de la memoria. No puede mencionar otros fenómenos de ese tipo, pero dice que son frecuentes: “Si tenía un pensamiento” —precisa: “un pensamiento como si no fuera mío”— “y volvía a aparecer durante el día, lo tomaba en cuenta”. No es por otra parte poco frecuente que tenga “el sentimiento de experimentar, de hacer cosas que yo no querría hacer, de decir cosas que no querría decir”, y además añade: “No sé decir de dónde viene la voz”.

Si fracasó en los exámenes, fue porque, interrogada por el profesor, “se diría había una que no podía actuar y otra que pensaba pero no podía expresarse”. Es lo que ella llama el problema del doble. Lo precisa de diferentes maneras. “Se diría que hay una de pie, al costado o atrás, y otra sentada, y ellas se provocan recíprocamente. Impresión de que no se puede hablar.” “No es claro.” “Tengo la impresión de que hay una persona al costado o detrás que es yo y que no sabe.” “Una que sabe y otra que no sabe decir.”

Sin poder precisar en qué, vincula ese fenómeno con otras manifestaciones: “La voz que oigo entonces interiormente, tengo la impresión de que no me reconozco a mí misma. Como si me obligara alguien, sin apariencia física. Es un desdoblamiento de la palabra, es un sonido”.

A veces, mientras habla en público, se pregunta si el interlocu-

tor no se da cuenta de que “no soy completamente yo quien habla”.

No están ausentes las interrupciones del pensamiento. Ella las llama sus “faltas”.

Todos esos fenómenos son irruptivos, breves, demarcados como “particulares” de su persona (en el sentido de que, por una parte, sabe de entrada —significación personal— que le conciernen y, por otro lado, que la afectan particularmente, excluyendo a los otros). De ello tiene no “una certidumbre”, “es fastidioso emplear esta palabra, pues una tendría que estar segura, pero es lo mismo”. Por otra parte, están integrados sin duda en la existencia. Ella los “considera normales”, en el sentido de que forman parte del registro “habitual” de su vida, “pero no en absoluto normales porque para mí encontraba que la mayor parte de las veces esto era de buen augurio”, razón por la cual “no tenía ganas de confiarlo”. Son provocados de manera electiva por el diálogo (pero no exclusivamente por él) y a veces tienen un aspecto aparentemente espontáneo. Todos ellos se extienden desde la extrañeza fugitiva hasta la xenopatía franca, pasando por el sentimiento claro de su propio desdoblamiento. Ella reconoce a la vez una articulación y una diferencia que no puede especificar entre el trastorno del lenguaje, la sensación de ser doble, incluso de “otra” presencia, y los actos forzados.

Lacan nos dice con frecuencia: “¿Hay fenómenos elementales? Casi siempre los hay antes de que la psicosis se desencadene. ¿Los han buscado ustedes?” Con esta óptica examinemos los de nuestra paciente.

Se trata de circunstancias que ella conoce bien, en las que se reconoce; no le chocan, no le extrañan, ni siquiera la sorprenden. Simplemente les presta atención. Forman parte de la tonalidad corriente de su existencia, sin ningún carácter siniestro, sin ningún carácter de extrañeza enigmática, interrogativa, desconcertante. Siempre han tenido una tonalidad “más bien favorable”, si bien después del momento fecundo esa tonalidad viró, convirtiéndose en desfavorable. La paciente nunca se abrió a nadie. Hay sin embargo un contraste: habla con mejor disposición de esos fenómenos que de los virajes, escalones, encuentros que constituyen el texto habitual de una existencia. De hecho, la tonalidad ordinaria de su vida está allí. Por otro lado, ubica todos esos fenómenos en una misma serie. Son poco aislables entre sí, en razón de lo que tienen en común, de lo que los agrupa en una estructura común, del hecho de que se acompañen, se respondan, se coordinen unos con otros.

guiente respuesta curiosa e interesante: "Sí. Recuerdo una vez, entre otras; una impresión mientras caminaba de que algo o alguien me detenía y me hacía mirar la fachada de una casa". Allí aparece lo que yo llamaría esa neutralización del sujeto, forma oscilante entre alguien y algo. Oscilación entre un *uno* de la numeración y la cosa innominada, no numerable, presencia que recubre con su opacidad todos los unos posibles, disueltos, intercambiabilizados. Oscilación entre un *uno* demarcable, pero enigmático, y esa cosa asfixiante que priva del habla, cosa asfixiante cuya manera de hacer obstáculo ubicamos: "Era como si yo me oyera... Prestaba más atención a escucharla que a responder"... esbozo de un suspenso, de una suspensión incluso donde todo su ser se aferra: "Ella me impedía hablar...". En esa voz se hunde en tanto que sujeto, en esa voz su habla se escurre, privándola a ella misma de voz. Y esa voz la mantiene en la espera de una reversión, de un flujo de retorno del habla en ella. Esa coyuntura llegará a hacerle decir que la presencia no es simple, sino doble. "Hay alguien detrás de mí, el doble de mí misma y después el otro." Así se manifiesta esa relación que el desdoblamiento de la palabra mantiene con el sentimiento de estar desdoblada. ¿En el mismo tipo o no? ¿Existe una relación o no? Interrogada respecto de esto, la paciente responde con la formulación que ya hemos citado y que indica su embarazo: diferencia desdoblamiento del habla y sentimiento de estar desdoblada (por otra parte, diríamos más bien desdoblamiento de la voz, por un lado, sin habla, y del habla, por el otro, sin voz). Traza la diferencia, pero no sabe dónde reside: "El hecho de hablar interiormente, la voz que oigo interiormente, tengo la impresión de que no me reconozco a mí misma." Es esa habla articulada la que se impone en su dimensión de voz, pero la voz aparece en lo Real. La consecuencia de ello consiste en que, cuando habla interiormente, sin articular "de viva voz", como se dice, o cuando habla de viva voz sin reconocerse, teme que el interlocutor pueda darse cuenta de que no es por completo ella la que habla, con la impresión conjunta de que se trata de algo que le es particular, de lo que los otros no pueden darse cuenta.

En consecuencia, pasemos ahora, de manera más precisa, al fenómeno de la fachada. Ella lo ubica como muy distinto del precedente, pero en la misma serie. Si es distinto, ocurre que "no es lo mismo que si yo pensaba en mí misma. Este asunto de fachada es exterior". En otra versión dice: "Me detuve brutalmente y recuerdo haber sido obligada a mirar esa casa. Tenía la impresión de algo o alguien, que iba a acercarse a esa casa." Repetición, aquí, de "algo o alguien". Con relación al fenómeno precedente, en la xenopatía se da un paso más: es al principio un fenómeno más fran-

camente exterior; a continuación, antes de observar su carácter autoscópico, es "algo o alguien" lo que remite a la muerte del sujeto, a esa neutralización letal de un sujeto indiferente; finalmente, esa cosa o ese uno, ese alguien, indiferente —que es el sujeto caduco y al que se llama a acercarse a esa casa, o más exactamente a su fachada— se siente a punto de ser aspirado, atrapado.

El punto en el cual este fenómeno se articula con el precedente reside en el hecho de que, la primera vez que la paciente tuvo esa impresión de desdoblamiento (veremos el valor de esa primera vez, de lo que revelará ser una falsa escansión temporal) fue en la oportunidad del fenómeno de la fachada. "Me parece que era igual, como si alguien me obligara... un doble", "alguien que desdoblaría pero sin apariencia física... no, es un desdoblamiento del habla, es un sonido... un sonido pues, cuando hablo, hay una que no sabe decirlo." Hemos visto como situar la serie siguiente: voz, sonido, presencia. Observemos que, en su forma de imperfecto, el "me parecía" indica que quizá no fuera la primera vez...

Con respecto a esa casa, la paciente añade: "Volví por personas que se convirtieron en mis amigos. Curiosamente, por otra parte. Mi marido estaba en Argelia para ganar dinero. Encontré un aviso pidiendo por alguien que transportara personas durante las vacaciones. Permanecí con ellas durante un mes. Después nuestras relaciones siguieron siendo excelentes. Me sorprendió enterarme del número de la casa de esas personas por teléfono: supe que era esa casa de la calle de D".

Otra versión: "Una vez, ya no sé a qué edad, pasaba por la calle de S.; recuerdo haber mirado la fachada de una casa como si hubiera estado obligada a hacerlo. Diez años más tarde mi marido y yo conocimos a una mujer que vivía allí. Estaba obligada a mirar como si esa casa fuera a desempeñar un papel importante."

Observemos el trastrueque: en la primera versión está sola, el marido está ausente y ella encuentra una pareja; en la segunda, ella está en pareja y encuentra a una mujer, cuyo marido está ausente. En ambos casos, el hombre, un hombre, cuarto término, falta o se ha ausentado. Hay allí una mujer, un marido, una mujer y una X. Volveremos sobre el punto en el desencadenamiento de la psicosis. Se sabe que ella conocía a la pareja, habían sido excelentes relaciones de su propia pareja. Su doble, relaciones en espejo.

Ese tipo de fenómeno se le producía con frecuencia, pero ella no se confió a nadie. "Encontraba eso más bien favorable, no tenía ganas de

confiarlo, pues no era completamente normal; para mí, era de buen augurio... es preciso cuando me sucede, vago en la descripción.”

En todo caso está segura de que el doble ha desempeñado un papel en la sensación de que esa casa quería decir algo, “que un día tendría por cierto algo que ver con gente que viviría en esa casa, que era necesario que recordara eso”.

De modo que se ha pasado de un “ya no sé a qué edad sucedió” a un “diez años después mi marido y yo...” El testimonio del marido permite precisar que conocieron a la pareja bastante recientemente: por lo tanto, se trata de una ilusión de la memoria.

Situado el mutismo concomitante del fenómeno, esto nos conduce a recordar el valor de lo que Lacan, por metáfora, denominaba el embudo temporal simultáneo: edad anterior, edad ulterior, descenso y subida. El momento de eclipse, el de embudo temporal, permite a la paciente efectuar un movimiento retrógrado en el discurso, regresión tópica en la que el sujeto se desliza hacia atrás de la cadena significante, no obstante que la actualidad toma el carácter suspendido de una virtualidad; futuro anterior del pasado, de buen augurio, que se aleja, y actualidad que se derrumba: un día —tal vez hoy— es preciso que me aferre a ese futuro que, apenas despuntante, es tan fugitivo como ese pasado que, aspirándome, me hunde.

Entre las conexiones significativas del fenómeno en nuestra paciente, habrá que indicar —en carácter de movimiento de la rememoración, y en la intercambiabilidad de los dos términos de la pareja de *alter ego* con relación al tercero, lo mismo que en sus reversiones— tanto el carácter de “mal sueño” de las relaciones del marido con su amante como anteriormente el sostén “de buena ley” obtenido de la presencia de una tercera persona, una mujer en la casa que criaba a la niña, mostraba los gestos a la madre (la paciente), con lo cual se retomaba el estilo de copia permanente de su vida —copia de su *alter ego* desde el que ella se vinculaba con terceros—, e incluso la estructura análoga de su madre y, en la pareja de su padre, su propio estilo de reflejo en su madre, intercambiable con ella.

En el fenómeno elemental considerado, además de sus conexiones y con valor también para ellas, se pone asimismo de manifiesto también su caída, caída en la mirada a la fachada, caída como objeto en lo que la mira cuando, en tanto que sujeto, ella desaparece y aparece su pequeño otro. La paciente se aloja en la mirada, completud por fin alcanzada, completud escópica que constituye el estilo de su existencia, frágil hasta el punto de que siempre ha tenido que tocar al otro (era kinesioterapeuta) para asegu-

rarse de su consistencia; incluso hace tocar su nombre, inscrito en la manija de la puerta que sus pacientes deben empuñar para entrar.

Lacan nos dice:¹ “Ese conjunto, ¿no nos indica en un carácter de alguna manera extratemporal de la rememoración, algo como el sello de origen de lo que es rememorado? ¿Y no encontramos en ese carácter algo no idéntico, pero de complementario de lo que se produce en la famosa sensación del *déjà vu*...?” En este caso no se trata de *déjà vu*; hay un sentimiento de augurio, a veces bueno y a veces malo, cuya estructura temporal hemos visto, pero el análisis vale igualmente para él: hablo de nuestra paciente cayendo bajo el golpe de la mirada, de la mirada de la presencia, voz pura en la mirada que cae en ese desdoblamiento, en esa emancipación de la voz y la mirada. A ese desdoblamiento ella ya lo había conocido (“ya conocido”: se advierte la analogía con lo “ya visto” —*déjà vu*—) en forma de recuerdos con valor de pantalla, recuerdos que nos cuenta: tenía cuatro años y para castigarla la pusieron en la entrada de una bodega oscura. Estaba en lo oscuro y no era a ella a quien se castigaba. Se trataba de un castigo seguramente, ya no sabe porqué, pero no era a ella a quien se castigaba. Se vuelve a ver, pequeña, detrás de esa puerta. “En el fondo es como si no se me hubiera castigado. Lo tomé bien. Quizás fue entonces cuando tuve la primera impresión del doble.” Es decir que en el fondo del embudo temporal, ella no era castigada, sino el otro, el doble; ella estaba allí, detrás de la negra mirada apagada de la puerta, de esa abertura hacia la luz, hacia la mirada luminosa. Se advierte aquí cómo el fenómeno de la fachada, del mutismo, de la caída y de la presencia, del desdoblamiento entre voz y mirada, retoma ese fenómeno primero que lleva la marca de aquello a lo que la paciente ha escapado —la castración—, cuya huella vuelve en el recuerdo-pantalla psicótico con la forma de la punición. Un castigo seguramente, pero ¿por qué? ¿Y qué valor puede tener un castigo cuando se ha escapado a la castración, cuando el Nombre-del-Padre está forcluido? Esto no tiene ningún sentido.

En tales condiciones, ese trío del que ella habla, en el fenómeno de la fachada, en el que siempre hay dos mujeres y un hombre, con una mujer en alternancia, ella misma en alternancia ante la pareja o en la pareja ante la mujer, ese trío nos remite, del lado de las mujeres, a su desdoblamiento, a su pequeño otro, retomando así la estructura fundamental. Entonces se está en “la retroacción en un tiempo cíclico que hace tan difícil la anamnesis de esos trastornos, fenómenos elementales que son sólo presignificantes y que sólo después de una organización discursiva, prolongada y peno-

sa, alcanzan a establecer, a constituir ese universo siempre parcial que se llama un delirio".²

Subsiste como fenómeno elemental lo que ella llamaba sus "faltas": detenciones del pensamiento. "Es no acordarse de lo que he hecho... Tengo la impresión de que ya no hay palabras para expresar un pensamiento... eso se detiene, es lo que llamo una falta. Hay quienes están mal hechos. Es breve." Ahora bien, si uno se aplica a precisar, a ceñir el fenómeno, la respuesta es: "Cuando me sucede, pienso en un tema y después, creo, después paso a otra cosa": es una falta, en efecto, amueblada, pero por el hecho de retomar un fenómeno antecedente, un acto anterior que se vuelve a alcanzarla con una forma extrañeizada, cuya articulación con lo que hemos conectado precedentemente se impone por sí misma.

He pasado revista a un cierto número de hechos sintomáticos en sentido estricto. Es preciso notar que antes del desencadenamiento de la psicosis, producido en resumen bastante tardíamente —a los cuarenta y dos años— la paciente no había suscitado inquietudes en nadie, ni entre sus allegados inmediatos ni en un círculo más amplio, salvo en su padre y, más tarde, en el esposo; además, si no hubiera concurrido al hospital nadie habría sabido nunca los fenómenos psicóticos que presentaba, prácticamente desde siempre. Seguramente esos fenómenos tienen un alcance que no es el de pequeños incidentes aislados, sin valor, ectópicos. Al tomarlos en serio explicitan quizás un estilo propio de la persona, estilo que vamos a tratar de delimitar. Nuestra pregunta, en consecuencia, es: ¿qué es una psicosis, aparte de toda psicosis comprobada? En otras palabras, ¿qué es un diálogo? A decir verdad, ya estamos en esta cuestión.

Precisemos, para empezar, que la paciente tiene una hija, nacida algunos años antes. El círculo de allegados nos dice que habría estado algo deprimida en ese época del parto y el nacimiento ¿Qué nos dice ella respecto de esto? "Cuando la niña nació, yo tenía miedo. Me creaba un problema tener esa hija: miedo de no saber hacer lo que era necesario. Es miedo de... No querría que ella... Este miedo es algo que siento, no puedo definir el sistema de este miedo." Préstese atención al curioso sonido de la expresión: el sistema de este miedo. A un afecto se lo puede por cierto demostrar, reducirlo mediante la teoría a lo que afecta a un sujeto, a la fórmula del fantasma: $\oint \diamond a$. Pero para llegar a ello se necesita trabajo. En cuanto al sistema de un miedo, nadie habla de él espontáneamente. Se habla más bien de un sistema de pensamiento, de relaciones... De su sistema de miedo, la paciente no podía decir nada; sin embargo, se había pronunciado la palabra. Por otra parte, sabemos de qué modo esta mujer emergió de la si-

tuación: el marido, alarmado, empezó a ocuparse de la niña, y después tomó una mujer para reemplazar a la paciente en el cuidado de la hija, "para que le mostrara los gestos", decía ella, haciéndonos sentir que se introducía un matiz de copia: no es por realizar los gestos de la crianza que necesariamente se tenga la menor idea de lo que se hace, de aquello con lo que se está en relación. Esa mujer introducida en carácter de suplente, de la misma edad que la paciente, era una amiga, sola, "huérfana". (Hago hincapié en este hecho pues en nuestra paciente, en el relato de su existencia, no había nada: ni conflictos, ni desavenencias, ni evocaciones de esos virajes, oscilaciones, opciones delicadas, empresas en las cuales se afrontan riesgos mal evaluados o no evaluados en absoluto, en las que se sopesa la apuesta. Esto es lo que da a la psicosis su aspecto de *ahistoricidad*, que más valdría calificar de *adiscursividad*. No hay iteraciones, repeticiones cuya trama permitiría advertir un escenario inconsciente, un fantasma.)

El pequeño hecho de la crianza de la niña proporciona una indicación acerca de lo que constituiría la trama, el fondo sobre el cual ya habían aparecido los fenómenos precedentes. Ante su hija, que para esta mujer tenía valor de enigma, de vacío enigmático, se había en consecuencia iniciado el *sistema de un miedo*, sistema que constituye una incógnita, del cual podemos por lo menos suponer que tiene algo de organizado. Fue paliado en el inicio de esa incógnita por una mostración cuyos gestos ella tenía que repetir mediante una suplencia en espejo, la instalación de un doble que había que seguir, que copiar. Se le procuró en lo real un fanteche del cual ella se hizo fanteche, fanteche del cual ella deviene la forma degradada, pues dependía de él realmente: si él le faltaba, podía desaparecer el *sistema del miedo*.

En cuanto a su marido —un jurista, y no especialmente aferrado a modos de proceder positivistas, más bien sensible a sus interlocutores, buen profesional—, como todos tenía su clave, la cual lo había llevado a apearse a nuestra paciente hasta el punto de hacerla su mujer. Esa clave, que ya lo había convertido en jurista, le permitía formular lo siguiente: "Yo siempre tenía con ella la impresión de que había algo detrás de lo que decía (advértase lo que ese 'atrás' puede tener de agría ironía en relación con lo que sabemos del doble: metáfora en el esposo, Real en la esposa, malentendido sobre el que se construyó su matrimonio), que allí había un enigma, o que yo estaba a un costado (este 'a un costado' suscita la misma observación). Incluso casado tenía la impresión de no ser su marido, de que su marido era otra cosa". Percepción extraordinaria del inconsciente. Sabía que era el pequeño otro, el doble, con claridad suficiente como para sentir

que no era más que un fantoche, que a la duplicación real —“el marido”— era otra cosa la que la presentificaba. También tendrá “la impresión creciente de estar al costado, ante algo inaprehensible”. “Me encarnicé en vano”, añade. Sin duda, ella no ignoraba que, como suele decirse, estaba fuera de la foto, incluso ante lo inaprehensible: por otra parte, ¿no decía de su vida que “en general no hay nada”? Verdad pura: durante toda su vida había sido conducida por esa nada. Ningún mito individual, ninguna novela familiar.

El padre aporta un testimonio que se añade al del esposo: “Desde su infancia, advertí que ella era muy influenciada; al menor contacto, se adhería muy fácilmente” (con respecto a adherir, el padre, peluquero, sufría un eczema de “contacto” en las manos; su hija, que tocaba por profesión, tenía un eczema periorbital y de las manos; la niña padecía también un eczema con la misma localización: ¿qué podía suponerse allí acerca de la adherencia de los cuerpos, de la inherencia de los objetos a los cuerpos, de los problemas especulares que con ello se evocan?). Continúa: “Ella se adapta muy fácilmente. Siempre la vi en concordancia con el medio, con las camaradas que tenía, y yo sentía eso. Tuve que vigilar. Cuando estaba en buen contacto, era formidable, apreciada, pero cuando estaba en mal contacto... habría podido perderse en la calle. Cuando tiene un buen contacto, cuenta con posibilidades, si se trata de personas honestas... pero si son retorcidos, ella será igual. No tiene un comportamiento único. Le ocurre esto porque no tiene una dirección personal. Es más bien mitómana. Cuenta cosas magnificándolas, embelleciéndolas. Sigue los pasos de la gente que frecuenta: cuando era pequeñita, a los seis años, tenía en la escuela una compañerita más grande, más tonta. Hacía lo mismo que ella: se ponía la mano en el pecho, imitaba. Hablar con ella no basta, había que frecuentarla.” Hace entonces el gesto de poner frente a frente sus dos manos —eczematosas—, en espejo, y dice: “Ella sigue así al otro. Con su primer amante, era tan mentirosa, descentrada, como él. Es decir que hablar con ella no basta; es la imagen.” Testimonio simple, de alto valor, acerca de ese carácter de copia, ese carácter mimético, esa relación especular especial que es la suya, que da el estilo auténtico, ese fondo del que yo hablaba, de toda su existencia; no se trata de sugestión, sino de copia: ella es *i(a)*. Sin embargo, no pura: los casos de los que hablaré ulteriormente revelarán ser más puros. Por el momento, si tomamos nota de la profesión del padre, peluquero que da charla a sus clientes ante el espejo, advertimos esa fractura, esa colisión apabullante entre estructura profesional y estructura especular: el tocar, los rostros, las miradas, el espejo, el peluquero detrás

de su cliente. De allí surge la cuestión: ¿algo habría petrificado de ese modo la vida de nuestra paciente? ¿Por qué ha ocurrido ello? De entrada, no tratemos de responder a todo. Intentamos demarcar las coordenadas de los hechos, el modo en que están dispuestos, en que la clínica se entrega, se recorta, se cliva. ¿Cuáles son las conexiones significativas? La madre era melancólica, ella misma petrificada, anonadada en su estupor. Me muevo con rapidez, no exploro todos los caminos: indico algunos que se imponen. Por ejemplo, cuando evoco el fenómeno elemental de la fachada y lo que implica como rememoración, también él me parece recordar esa estructura petrificada del peluquero y su cliente (y ella que observa), el cliente sentado y el peluquero de pie, detrás o al lado, y de esas miradas en el espejo. Otras conexiones serían por cierto posibles. Me parece importante recordar que por esta vía encontramos una de las verdaderas dimensiones de la clínica. Sin duda, allí falta lo que todo debe a la transferencia. Pero ubiquemos al *partenaire*, el interlocutor —aquel a quien ella sigue boquiabierta, dispuesta a tragárselo todo— en un punto cualquiera de la imagen o de las funciones del otro, allí donde estaría en condiciones de volverlo a copiar punto por punto en su fachada de pura exterioridad, y tendremos entonces idea del tipo de transferencia que se espera, del lugar que se nos hará, de los efectos que se le suponen, así como del margen de maniobra que habrá de quedarnos. Pensemos en ello. Esto forma parte de las cuestiones preliminares a todo tratamiento posible de la psicosis... Por otra parte, lo que voy a ubicar ahora —la manera en que su psicosis se desencadena probablemente— también forma parte de esa cuestión. Hasta entonces, ella sólo había conocido momentos breves de desaparición, seguidos de momentos de desdoblamiento, de emergencia del otro —el pequeño— y después su propia caída en el objeto, ella misma objeto lanzado en una trayectoria ciega y dirigida. Hasta entonces, se había recobrado rápidamente, conociendo sólo breves oscilaciones sobre ese fondo precario, inestable, lábil, que hemos demarcado, y que constituyó el enigma que el esposo había apostado que resolvería, que literalmente lo había aspirado.

Ahora bien, se produce el desencadenamiento: el marido inicia relaciones con una amante, vuelve al hogar cada vez más tarde, se distancia, sus camisas tienen el perfume de otra; la paciente encuentra cartas. Su posición se conmueve, se vuelve más frágil, se deprime, empieza a caer. Una noche, el marido no vuelve. Al otro día: “Tuve la impresión de que mis células nerviosas estaban como un poco embriagadas... En ese momento sólo pensaba en mi hija, tenía la idea de que iba a lograr éxito con ella, porque, antes, no lo creía, y después mi entusiasmo desapareció y pensé en

todo lo que podía suscitarlo, sí, la continuación de lo que podía ocurrir...” He aquí una primera oscilación penosa: grandeza y bienestar, y después inversión, riesgo de caída y de catástrofe. “Tenía la certidumbre de que ya no volvería en absoluto; el hecho de que mi hija ya no sería... yo me reprochaba... no sé definirlo, me faltan las palabras... tenía la sensación de que mi hija, sabiendo que el padre ya no estaba, iba a crecer...”

Aparece una conjunción, una intercambialidad entre ella y su hija: su hija que se vuelve más grande, que es la paciente misma. Ese día salió a pasear con la niña, volvió a la casa, la tomó en sus brazos, la acostó, y entonces “le hablé un poco; cuando salí de ella que se dormía... en fin... de su habitación... esa impresión... me sentí muy bien, con un gran calor en la cabeza, pero magníficamente bien.” La oscilación de la secuencia precedente se amplifica; la coalescencia, la fusión y la disyunción se exageran. Y después, de repente: “Tuve esa impresión, occipital: como una red de capilares, rápidos, un intenso calor en la cabeza, no en las extremidades; era una irradiación muy brillante. Veía fuegos artificiales y oía trituraciones. Parecía que mi rostro se hubiera transformado, tenía el rostro liberado, una impresión de grandeza. Recuerdo que tenía la sensación de que el rostro se desprendía. Como fuegos artificiales. Trituraciones con una estrella. La primera parte, interior, el calor. El resto, se rompía, un estallido. Después me sentí pesada, el cerebro pesado. Me sentí mejor... Iba a tener éxito... Y después, ya no tenía edad. Como si fuera muy vieja, como si toda la vida hubiera pasado. Eso fue acentuándose. Tenía la impresión de ir hacia algo y eso se detuvo bruscamente... Como una vieja... Tengo la impresión de estar gastada”.

Así se acentuó la oscilación, y después todo se desencadenó desde la cabeza, no del cuerpo, y especialmente del rostro (irradiación...): prevalencia de la esfera escópica, de la fachada, y ulteriormente el golpeteo, la descomposición temporal que se acentúa por la conjunción y disyunción simultáneas del espacio que se constituye: ella se suspende de los astros, de las luminarias, se esparce en el mundo, no obstante que su hija se distancia y que ella envejece, envejece...

Ella sale de su hija, fórmula que podría muy bien ser una analogía del nacimiento, tomado en una reversión generacional, así como la relación del sujeto con sus objetos a .

Lo inconsciente es exterior al sujeto. La paciente es su hija, la cual es su madre: todos los objetos son llevados al mismo punto. La paciente escapa de allí como rayo de luz, su hija se escapa de ella como rayo de luz, destellos que captan la mirada, miradas que captan el sujeto, astros en los

que la mirada se suspende, niño-astro, soles deslumbrantes, estallidos de goce, ruptura del organismo, de los órganos, dolor y caída.

¿Qué es lo que desencadenó la psicosis allí donde antes no se desencadenaba? ¿Con qué se relaciona ese carácter de enigma, de carencia significativa de los significantes vitales en la vida de esta mujer, esa dimensión clara de carencia de la inducción en lo imaginario de la significación fálica que sólo es vinculable con una forclusión? Cuando la psicosis se desencadena, se ausenta un padre real, un padre sin resonancia, sin permanencia simbólica en la paciente, un padre que es exactamente una superficie, un límite, el del espejo que hace pantalla, frontera, puesto fronterizo entre ella, en tanto que imagen, y su imagen virtual. Es precisamente una suplencia. Permite la prótesis por la instalación de un marco, de un encuadramiento, de una ventana. Si la ventana se abre o se rompe, la paciente cae por ella. Si la suplencia del Nombre-del Padre se ausenta, entonces el padre real —por falta, desaparición— adquiere verdaderamente su carácter de Real, de un padre real, por la privación que instaura, que no es en absoluto falta simbólica. Sólo entonces vuelve a golpear brutalmente en el lugar del agujero en lo Simbólico, y el espejo estalla irremediamente. Desde entonces aparece ese goce sin límites de la psicosis, ya entrevisto en el “buen augurio” de los fenómenos elementales, y la caída como objeto en el *Maelström** espacio-temporal. Cuando desaparece el padre real en tanto que superficie, límite, lo que desaparece es la posibilidad misma de ser $i(a)$. Entonces la psicosis —compensada, camuflada, que no obstante había avanzado algunos pasos hacia su despliegue discreto— ya levanta vuelo, con todo lo que seguirá de esbozos inacabados de cristalizaciones persecutorias, a través de las fases de automatismo mental sobre un fondo de caída melancólica.

Pasemos a algunas observaciones que tienen por fin confirmar nuestros dichos. En *El nacimiento del Otro*, de Rosine y Robert Lefort, se ve a Marie-Françoise ante Rosine, volverse hacia la ventana. Diversas razones adjudicadas a ese gesto lo ubican en el registro de una intencionalidad atribuida a la niña. Pero, ¿qué puede dar la seguridad de que no se trate de una suposición? Se podría igualmente formular que Rosine Lefort encara un fenómeno comparable al de nuestra paciente con la fachada. Cuando, por ejemplo, se nos dice que la ventana es “un muro... es decir que no hace agujero: lo que barra la ruta del Otro, es que el Otro, para Marie-Françoise,

* Remolino, vorágine en el mar, al sur de las islas Lafoten (costa norte de Noruega), vasto torbellino de agua. (N. del R. T.)

no tiene ningún agujero”,³ no quedan dudas, pero, pese a todo, la ventana como mirada es un punto de aspiración privilegiado: es esa mirada la que atrapa al sujeto, que cae en ella; es esa mirada la que pone de manifiesto esa incógnita directa, presente en la alteridad del otro. De esa incógnita depende el augurio del habla que a ella se dirige y, cuando es un habla forcluida, sin dirección, el paciente cae, se unifica con la mirada: esa mirada es el sujeto mismo, esa mirada es la ventana, esa tarea cuya función se identifica con la mirada. Nuestra paciente, cuando emerge esa presencia muy poco consistente, acerca de la cual dice que es un sonido, una voz, nuestra paciente, decimos, cae en la mirada, bascula, oscila entre voz y mirada. Hace algunos años he señalado, en un trabajo sobre el desencadenamiento de la psicosis; que la voz, cuando aparece, la gran voz, gobierna esa cristalización en la que el sujeto deviene enteramente objeto *a*. Además es la mirada de la voz: pues la presencia es mirada. Es una mirada que “podría decir pero se calla”, y la clínica en este caso, en el momento de la caída del sujeto y de su conjunción con el objeto, ¡muestra a voz y mirada que se separan!

En cuanto al aspecto de copia, el aspecto de mimetismo del estilo de nuestra paciente, asociaría con él la siguiente declaración de Lacan, concierne a los hechos del mimetismo: “También allí conviene no apresurarse a poner en juego una intersubjetividad. Siempre que se trate de imitación, guardémonos de pensar demasiado rápido en el otro que sería presuntamente imitado. Imitar es sin duda reproducir una imagen. Pero en el fondo para el sujeto se trata de insertarse en una función cuyo ejercicio lo aferra”.⁴ Así, nuestra paciente, allí donde el objeto *a* es aquello de lo cual el sujeto trata de separarse como órgano, se une a ello. Esa mirada que, lo mismo que lo inconsciente, es siempre exterior al sujeto, esa mirada, por lo común evanescente en su función de simbolizar la falta central del deseo, pierde aquí toda evanescencia, se vuelve consistente desde que ya no simboliza el $-\phi$. Esa presencia de la mirada, su entificación misma, explica el carácter especialmente fascinante que toma, que a la vez petrifica, mortifica a la paciente y después —en la inestabilidad oscilante tan frecuente en la psicosis— la hace caer en la completud: es entonces la beatitud, el buen augurio, lo que materializa además la obsolescencia del sujeto boquiabierto, cohibido por esa pera de la angustia que es el órgano obturante de la libido.

Nuestra paciente, por el rodeo de su estilo ordinario, nos introdujo en el mundo frágil de las imágenes y de las relaciones imaginarias. Con respecto a su “ilusión del ramillete invertido”, Lacan decía: “El ser humano

no ve su forma realizada total, el espejismo de sí mismo, más que fuera de sí mismo... de la inclinación del espejo-plano depende por lo tanto que ustedes vean más o menos perfectamente la imagen... Podemos suponer que la inclinación del espejo-plano es gobernada por la voz del otro... Puede captar en consecuencia que la regulación de lo imaginario depende de algo que está situado de manera trascendente... No siendo lo trascendente, en este caso, nada más que la ligadura simbólica entre los seres humanos.”⁵ Nuestra paciente —está claro—, cuando es interrogada, interpelada, oscila, el espejo se rompe y aparece el otro. Siendo la relación simbólica lo que define al sujeto como vidente, cuando ella salta como sujeto, ya no ve más.

A esto quería llegar cuando, al principio, dije que los fenómenos elementales demarcados se toman situados en una misma serie, cuando situé el fenómeno de la desaparición y del desdoblamiento bajo cuestionamiento, así como el de la mirada forzada. Nuestra paciente no nos dice nada distinto: la voz comanda el espejo-plano. Si el espejo sigue estando vertical ella encuentra su reflejo, se sostiene en él, incluso lo habita; si la voz hace bascular el espejo ya no tiene dónde verse ni, incluso, dónde reflejarse; cae en la mirada de la ventana. *La voz comanda la mirada.*

Sin duda, he extraído algunos fenómenos reagrupados en el marco tan elástico de la autoscopía —que, como tal, no tiene ningún valor diagnóstico en cuanto a la estructura de un sujeto—. Me he tomado el trabajo de clivarlos y cribarlos precisamente con la finalidad de otorgarles su verdadero valor: hay “alucinación” del doble y alucinación del doble. Hechos imaginarios sin especificidad y hechos de estructura. En suma, he deseado seguir delimitando el hecho alucinatorio como tal, mostrar el modo en que, en el caso considerado, a partir de un interrogante devuelto al agujero de lo Simbólico se desencadena el desequilibrio de equilibrios imaginarios, no obstante que, en lo Real, se presentifican esos fenómenos propios de la psicosis: emergencia de la voz, emergencia de la mirada, mutismo aterrado, descomposición temporal.

Cuando se trata de fenómenos tales como los que he situado, en los que el doble, en lo Real, emerge de un agujero simbólico y en los que el diálogo insuficiente con el paciente a veces lo vincularía con manifestaciones sin especificidad, estamos, indiscutiblemente, ante una alucinación fundamentalmente verbal: es la voz la que, por su posición de gobierno, arrastra a los otros fenómenos, que le son secundarios.

Finalmente, he abordado algunos problemas a la vez delicados y apasionantes: la manera mimética, imaginaria de nuestra paciente en sus rela-

ciones con la teoría de la identificación, tiene su taxonomía; la ausencia de influencia sobre el prójimo, en la que sólo un reflejo de la persona conduce a una captura real por el tocar profesional, tocar al que está asociado un eczema periorbital y de las manos (que se inició con el brote psicótico y se curó simultáneamente con él). Estas no son más que incitaciones a proseguir las reflexiones acerca de los fenómenos psicósomáticos (¿equivalentes de fenómenos elementales?) en su relación con los fenómenos psicóticos...

Notas

1. J. Lacan: *Ecrits*, Seuil, París, 1966, pp. 392-3 ("Respuesta al comentario de J. Hyppolite...", *Ecritos II*, ya citado, p. 152).
2. *Idem*, p. 393 (*ibid.*, p. 153).
3. Rosine y Robert Lefort, *Naissance de l'Autre*, Seuil, París, 1980, p. 317 (*El nacimiento del Otro*, Paidós, Barcelona, 1983, p. 295).
4. J. Lacan, *Le Séminaire*, libro XI, "Les quatre concepts fondamentaux de la psychanalyse", Seuil, París, 1973, p. 95.
5. J. Lacan, *Le Séminaire*, libro I, "Les écrits techniques de Freud", Seuil, París, 1977, p. 161.

Siempre en la óptica del trabajo acerca de los fenómenos elementales, intento aquí —en la articulación de un neologismo con un automatismo mental— precisar la significación, vacía para todos los clínicos contemporáneos, del celebre síndrome S, de Clérambault. Empecé a hacerlo en el estudio precedente.

Además, gracias a este caso se vuelve a encontrar el enlace con la transexualización esencial de la psicosis: el aspecto de "Empuje-a-La-Mujer".